

EL PODER DEL ESPÍRITU SANTO EN LA PALABRA DE DIOS

Al buscarte, oh, Dios, he encontrado muchas imitaciones que pretendían ocultarme tu persona y tus obras. El camino está envuelto en la niebla, y las distracciones y los obstáculos me impiden verte con claridad. Te ruego que conozca la obra verdadera de Dios por medio del bendito Espíritu Santo, y que mi corazón esté abierto a la plenitud de su obra en mí. En el nombre de Jesús, amén.

El servicio y el testimonio cristianos son elementos únicos que se hacen efectivos por el poder del Espíritu Santo que obra en nuestras vidas por medio de la Palabra de Dios. Como podemos imaginar, dado que Dios usa estos dos elementos para sus propósitos, el enemigo de nuestra alma se esfuerza por imitarlos.

El único objeto que merece la pena falsificar es el original. Por consiguiente, siempre que encuentro una falsificación busco el original, que no estará muy lejos. El enemigo de Cristo, al realizar esta falsificación espiritual, intenta confundir a las personas y alejarlas del camino verdadero que conduce a Dios.

Entonces planteo la pregunta: *¿Qué es realmente lo que hace que mi servicio para el Señor y mi testimonio de su gracia sean poderosos y eficaces?* Comprender esto supone descubrir el máximo secreto de vivir la vida cristiana en la cultura contemporánea. Nuestra vida debe recibir una influencia interna, no externa.

Esta es una de las críticas que hago a los cristianos contemporáneos. Están más influidos por las cosas externas que por la obra interna del Espíritu Santo. El Espíritu Santo siempre obra de dentro afuera, no a la inversa. Cuando permito que la Palabra de Dios empape mi corazón hasta lo más hondo, el Espíritu Santo empieza a trabajar en mi ser interior, y eso da pie a que el ministerio y el testimonio fluyan hacia fuera, afectando al mundo que me rodea.

¿Cómo sucede esto? Examinemos dos elementos de la obra del Espíritu Santo sobre la vida del individuo.

La penetración moral

El primer elemento de la obra del Espíritu es lo que llamo “penetración moral” (ver Jn. 16:7-11). Si mi servicio y mi testimonio cristianos han de ser eficaces, deben penetrar en lo más hondo de la moral de una persona.

El efecto que tiene esto es captar y cautivar el interés del alma. Este es el principio de nuestro servicio y testimonio. Las personas a las que ministramos deben ser alcanzadas en esta área de sus vidas. No son muchos los que se interesan por las cosas espirituales. Después de todo, la atención por los temas espirituales exige una consagración, además del compromiso. Si quiero que mi testimonio cristiano sea eficaz, debe llegar a lo más hondo del alma de la persona a la que doy testimonio.

En última instancia, esta obra conduce a una justicia que no se puede alcanzar a través de las vías humanas normales, una justicia que trasciende el mero esfuerzo humano. Se trata de un proceso delicado; la persona no debe desanimarse en su búsqueda de la justicia y, sin embargo, se la debe llevar al punto en que entienda que la justicia que busca no se puede alcanzar por canales humanos.

El Espíritu Santo nos usa para avivar la conciencia de la persona a la que ministramos. Una treta del enemigo consiste en afectar hasta tal punto la conciencia de una persona que aquella deje de funcionar. En realidad, está muerta, sencillamente. La obra del Espíritu Santo consiste en tocar esa conciencia y darle nueva vida. En lo profundo del alma humana se encuentra esa conciencia adormecida, y el Espíritu Santo quiere tocarla y darle vida.

Por supuesto, el efecto de esto sería el de aterrorizar el corazón. “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hch. 2:37).

Esta es la obra de convicción en el corazón de un hombre. La convicción es la cruda realidad de mi estado moral tal como lo ve Dios. El enemigo ha estado muy ocupado, al menos durante esta generación, para inmunizar a las personas de tal modo que no les horrorice su estado; o, como dicen las Escrituras, “que su corazón no se atribule”. Hollywood no ha dejado de hacer películas que fortifican el corazón humano frente a ese temor. Por consiguiente, es casi imposible aterrar al público estadounidense.

La convicción es necesaria para la verdadera conversión; nadie puede salvarse sin ella. Lo que Dios quiere hacer en la vida de una persona tiene que ver con esta obra de convicción por medio del poder del Espíritu Santo y de la Palabra de Dios. La obra inicial del Espíritu Santo consiste en llegar hasta el área moral del corazón humano.

El objetivo de esa obra es señalar qué es el pecado. Consiste en identificar y clarificar el pecado desde el punto de vista de Dios. En el mundo, la gente se ha deshecho del pecado, o al menos lo han convertido en algo que ya a nadie le da miedo. Consiste, simplemente, en hacer lo que uno quiera y divertirse haciéndolo. Después de todo, nadie es perfecto.

Esta es la idea central: debe existir una penetración moral en la vida de una persona por medio de los elementos del servicio y el testimonio cristianos. Solo el Espíritu Santo, obrando por medio de un cristiano profundamente comprometido con la Palabra de Dios, puede hacer esto.

La revelación espiritual

Pisándole los talones a la penetración moral encontramos el segundo elemento de la obra del Espíritu Santo: la revelación espiritual.

Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová (Is. 11:2).

Pero cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí (Jn. 15:26).

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber (Jn. 16:13-15).

Aquí tenemos la lógica solemne de todo esto: nadie puede ser salvo hasta que crea en el Hijo eterno, y nadie puede creer en el Hijo eterno sino por medio del Espíritu Santo. El gran misterio de la obra del Espíritu Santo es que opte por hacer esta obra por medio de cristianos comprometidos:

Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo (1 Co. 12:3).

El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo (1 Jn. 5:10).

Esta es la enseñanza clara de las Escrituras, y no tiene excepciones. Las pruebas pueden ser convincentes para el intelecto, pero nunca permitirán creer al corazón. El objetivo es el corazón humano. Ese corazón debe experimentar una penetración moral y una revelación espiritual. Aparte de ellas, nadie puede experimentar de verdad a Cristo.

El problema del proselitismo

Si la obra del Espíritu Santo no está en el corazón, nos encontramos con el problema de los prosélitos religiosos. Un prosélito es aquel que acepta intelectualmente a Cristo y se vuelve seguidor de la fe cristiana.

Fíjate que he dicho “acepta intelectualmente”. Este es el gran peligro del proselitismo. Las personas lo hacen con la mejor de las intenciones, pero es muy peligroso. Se ha convertido en el vehículo por medio del cual Satanás sabotea a las personas en el camino a la vida eterna. Créeme, tu permiso de conducir no ha caducado. Esto forma parte del fraude que ha perfeccionado el enemigo.

¿Cómo funciona el proselitismo religioso?

Convence a las personas para que acepten ciertos paradigmas hermosos y revolucionarios. Los proselitistas pueden ser muy convincentes. Así es como funcionan las sectas.

Ofrecen ciertos puntos de vista positivos y beneficiosos para la humanidad. Algunos de ellos no revisten ningún problema. El problema llega cuando aferran a las personas y las convierten en devotas fanáticas. Esta es la esencia de toda religión y secta falsa en el mundo actual. No tengo duda alguna sobre la sinceridad y la realidad de las sectas.

Esta devoción por las ideas atractivas es uno de los motivos del crecimiento acelerado de las sectas por todo el mundo. Nombra una secta y encontrarás este elemento en su esencia. Lo que me preocupan son las incursiones que ha hecho esto en la iglesia evangélica.

Es el gran intercambio: la sustitución de un valor por otro:

La ausencia de religión por una religión.

El ateísmo por la creencia en la existencia de Dios.

El budismo por el cristianismo.

El catolicismo por el protestantismo.

Al prosélito le convencen para que renuncie a un error para aceptar otro.

Debemos ser conscientes de la inutilidad y el peligro del proselitismo. Ha causado daños inconcebibles en el reino de Dios al impedir que las personas tuvieran una experiencia de conversión genuina, que solo puede darse mediante el Espíritu Santo.

Una conversión imperfecta es más letal que la ausencia de religión. Un puente corto que no llega al otro lado del río es más peligroso que la carencia de puente. El puente corto ofrece una falsa esperanza y oculta el peligro que acecha más adelante. El proselitismo ofrece algo, pero no la imagen completa: la verdad, pero no la verdad absoluta.

Es cierto que una conversión imperfecta puede dar frutos. Fijémonos en el éxito de las sectas en nuestros tiempos. Muchas de ellas hacen buenas obras y tienen buena reputación en su zona. Sin duda, son las maestras del arte de las buenas obras en nuestra cultura.

Puede reformar a una persona. Quizá un alcohólico logre llevar una vida de sobriedad. Se puede hacer mucho para reformar a una persona y ayudarla a superar las dificultades y los problemas de su vida. Esto es digno de alabanza, pero no llega lo bastante lejos.

Una conversión imperfecta también puede refinar la vida de una persona. No tiene nada de malo pulir los bordes irregulares de la vida de una persona, refinándola y dándole un poco de dignidad. No hay nada de malo en ayudar a una persona a desarrollar una actitud positiva. Algunas personas son negativas todo el día, y necesitan un cambio positivo en sus vidas. Sin duda, es mejor ser positivo que negativo, pero no lo es lo suficiente a menos que seamos positivos en las cosas correctas.

También puede dar a una persona un interés nuevo por la vida. La secta llega y se encuentra a una persona cuya vida es terrible y no va a ninguna parte. Contribuye a introducir cambios significativos en su vida, creando un interés que despierta a la persona intelectual y emocionalmente.

Incluso puede conducir al sacrificio. Algunas de las sectas son muy conocidas por sus ofrendas y sus vidas sacrificadas, para vergüenza de la iglesia cristiana contemporánea. El sacrificio es un precio bajo que pagar por una vida plena. El sacrificio consiste en dar algo que tengo a cambio de algo que quiero. Todo el mundo lo hace, todos los días. (Por supuesto, el problema estriba en definir qué es lo que quiero).

Por muy bueno que pueda parecer esto superficialmente, debo señalar que las víctimas acaban más perdidas que al principio. Albergan una esperanza falsa que solo puede conducir las a un final decepcionante.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez

hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros (Mt. 23:15).

El proselitismo llega lejos, pero no lo bastante; de hecho, se queda peligrosamente corto frente a lo que es necesario hacer en la vida de una persona. La religión puede reformar la vida de una persona, pero nunca transformarla. Esa reforma tiene mucho de positivo, pero no se acerca a la dinámica de transformar la vida de una persona.

El Espíritu Santo es la única garantía de una vida transformada.

Lo que me preocupa es que la obra eclesial moderna, la obra misionera, el evangelismo, la publicación y redacción de libros y de música no son más que proselitismo. Muchas personas tienen buenas intenciones, pero su ministerio no se eleva por encima del nivel de mero proselitismo. Pensando que hacen el bien, en realidad hacen naufragar la fe de muchas personas. No llegar lo bastante lejos es la tarea más devastadora del proselitismo.

¿Cómo podemos evitarlo? ¿Cómo podemos asegurarnos de que nuestro trabajo, ministerio y testimonio son más que simple proselitismo? La respuesta es sencilla: el Espíritu Santo. Las dos acciones del Espíritu Santo que he escrito aquí, la penetración moral y la revelación espiritual, garantizan que la obra supere a lo que hacen los proselitistas.

Nunca podré subrayar lo bastante que estas dos obras son la obra maestra del Espíritu Santo. Por mucho que lo intentemos, nunca podremos repetir lo que Él hace. Nuestras vidas deberían estar dispuestas de tal modo que el Espíritu Santo sea quien tenga de verdad el mando, haciendo su obra por medio de vidas consagradas.

Desde mi punto de vista, la iglesia evangélica necesita pres-

tar atención a este punto. La máxima necesidad de la iglesia moderna es sencilla: ser llenos del Espíritu Santo, trabajar en Él y permitir que Él obre por medio de nosotros, usando las Escrituras como su canal, para transformar las vidas que nos rodean.

¡Despierta, mi alma, despierta!

Charles Wesley (1707-1788)

¡Despierta, mi alma, despierta! Deja ya atrás tus temores;
pues el sacrificio cruento ya ha borrado esos horrores:
mi salvación en Dios está,
mi salvación en Dios está.

Grabado en sus palmas mi nombre siempre está;
y el que vive en los cielos por mí intercederá;
su amor que me redime, su sangre que me limpia:
vertida fue por raza cruel,
vertida fue por raza cruel,
abriéndonos de la gracia el vergel.

Cinco heridas cruentas soportó allí en Calvario cruel;
y ante Dios interceden, clamando así por mí:
“¡Perdónale!”, es su clamor,
“¡Perdónale!”, es su clamor,
“¡Al pecador comprado no dejes perecer!”.

El Padre escucha orar a su Ungido el amado.
Me reconcilia con Dios, escucho su perdón;
como hijo oí su voz, no tengo más temor;

Confiado a Él me acerco hoy,
clamando “Abba, Padre” estoy,
clamando “Abba, Padre” estoy.

Con Dios reconciliado, escucho su perdón;
me acepta como hijo, echando ya el temor:
confiado a Él me acerco hoy,
confiado a Él me acerco hoy,
clamando “Abba, Padre” estoy.